

72  
1950

# CATALINA DE RUSIA.

DRAMA DE 1762

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

D. JOAQUIN FERRANDIS,

Doctor en Medicina y Cirujía.



TARRAGONA.

IMPRENTA DE PUIGRUBÍ Y ARÍS.

1882.

Digitized by the Internet Archive  
in 2012 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill

# CATALINA DE RUSIA.

DRAMA DE 1762

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

D. JOAQUIN FERRANDIS,

Doctor en Medicina y Cirujía.



TARRAGONA.

IMPRENTA DE PUIGRUBÍ Y ARÍS.

---

1882.

---

*Esta obra es propiedad del autor, quien se reserva sus derechos  
sobre ella. Queda hecho el depósito que previene la ley.*

---

Al

EXCMO. SR. CONDE DE RIUS,

EN PRENDA DE GRATITUD, DE FINEZA, Y DE DISTINCION

El Autor.

## PERSONAS.



PEDRO III, EMPERADOR DE RUSIA.

CATALINA, SU ESPOSA.

EL MARQUES DE ROHAN, EMBAJADOR DE FRANCIA.

EL CONDE GREGORIO DE ORLOF.

ALEJO.

LUCRECIA.

UN CRIADO DEL MARQUÉS.

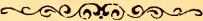
PUEBLO.

---

El primer acto en Orienbaun el 6 de Julio.

El segundo en San Petersburgo el 8 del mismo.

El tercero en C Zarco-celo el 18 del mismo.



---

## ACTO PRIMERO.

---

Atrio del palacio imperial con pórtico.

En el fondo una capilla con dos sepulcros. Relieves idóneos y un busto de muger en cada sepulcro. Una lámpara colgante arde en medio, delante un altar griego.

La capilla aparece oscura, sin más luz que la de la lámpara.

Una gran reja separa la capilla del atrio y tiene en su medio una puerta cerrada.

Es próxima la noche.

### ESCENA I.

EL CONDE, ALEJO.

EL CONDE. Ya no queda otro recurso;  
el trance es desesperado:  
invernar en la Siberia  
ó morir en el cadalso.  
Toda la Corte ya sabe  
que aquí se está conspirando:  
Catalina, contra Pedro;  
Pedro contra los Boyardos.  
El apuro en que nosotros  
hoy dia nos encontramos  
es que somos más cobardes  
que cobardes los contrarios.

ALEJO. Pretende el Emperador.....

EL CONDE. Divorciarse por contado  
de su esposa; y declarar  
por solemne legal acto  
ilegítimos sus hijos  
desde Miguela hasta á Pablo.  
Encerrar á Catalina  
en una carcel ó un claustro  
para casarse despues  
con una dama de abasto.

ALEJO.       Habeis resuelto, Gregorio,  
esperar el resultado?

EL CONDE.   Dos opuestos pareceres  
hay entre los conjurados.  
Unos quieren destronar  
al Emperador.

ALEJO.       No es malo.

EL CONDE.   Otros quieren suprimirle.

ALEJO.       Pienso que es más acertado.  
Para un lance decisivo  
faltarán hombres acaso?

EL CONDE.   Alejo, no hay que confiar  
en rusos..... que son esclavos.  
Es forzoso que el proyecto  
llevemos los dos á cabo.

ALEJO.       Qué dispones?

EL CONDE.   Esta noche.

ALEJO.       Quiénes?

EL CONDE.   Nosotros: es claro.

Para qué nuevos agentes  
ahora necesitamos?

El Emperador vendrá,  
como tiene acostumbrado,  
á visitar por la noche  
este fúnebre santuario.

ALEJO.       El Embajador de Francia  
suele ir siempre á su lado.

EL CONDE.   Ya cuidaremos nosotros  
de apartarle por un rato.

ALEJO.       Un extranjero no estorba.

EL CONDE.   Ese estorba demasiado.  
Amigo es de Catalina;  
más que amigo, cortesano.  
Es un jóven militar  
arrogante, fino y bravo:  
aunque noble sin fortuna  
es muy digno de su cargo.

ALEJO.       También puede suprimirse,  
si conviene en todo caso.

EL CONDE.   Un embajador, Alejo,  
es, por su clase, sagrado.



ALEJO. Lo es más el Emperador;  
y no lo miras, hermano.

EL CONDE. Representa al rey de Francia  
ese plenipotenciario.

ALEJO. No representa á la Rusia  
ese á quien llamais tirano?  
En nuestra corte, Gregorio,  
á nadie se ha respetado:  
ni á monarcas, ni á princesas,  
ni á señores, ni á vasallos.

EL CONDE Alejo, no seas loco.  
Fuera trance temerario  
indisponer á la Corte,  
por tan grave desacato,  
con los reyes de la Europa,  
que harian suyo el agravio.

ALEJO. Si viene solo.....

EL CONDE. Los dos  
allí dentro le encerramos:  
y con un par de estocadas.....

ALEJO. Queda muerto.....

EL CONDE. Destronado.

ALEJO. Si viene el embajador.....

EL CONDE. Entonces es necesario  
con un pretesto plausible  
llevarle fuera del atrio.

ALEJO. Así pues.....

EL CONDE. Vigila listo.

ALEJO. Te quedas.....

EL CONDE. Aquí te aguardo.

*(Vase Alejo por la izquierda.)*

*(El Marqués llega por el otro lado.)*

## ESCENA II.

EL CONDE, EL MARQUÉS.

EL CONDE. Señor Marqués..... *(saludando.)*

EL MARQ. Señor Conde.... *(id.)*

EL CONDE. Visitais ese santuario?

EL MARQ. Vengo aquí, porque esta tarde,  
Conde, una cita me han dado,

- EL CONDE. El Emperador quizá.....  
EL MARQ. No sería nada extraño.  
EL CONDE. Pero de todas maneras.....  
EL MARQ. Me conviene.....  
EL CONDE. ¿Qué?  
EL MARQ. Callarlo.  
EL CONDE. Conmigo, Marqués, usais  
lenguaje tan reservado?  
EL MARQ. Mis labios nunca pronuncian  
palabras de papagayo.  
EL CONDE. Los rusos somos amigos  
tan solo de amigos francos.  
EL MARQ. Y los franceses tambien.  
EL CONDE. Entonces hablemos claro.  
EL MARQ. Quién lo impide, señor Conde?  
EL CONDE. Señor Marqués, voy al caso.  
Sois en Rusia de los nuestros?  
EL MARQ. De nadie soy adversario.  
El rey de Francia á la Rusia  
para espresar, me ha mandado,  
su respeto á Catalina,  
su amistad al soberano.  
EL CONDE. Como veo que tan jóven  
por aquí habeis comenzado.....  
EL MARQ. Sois muy viejo para ser  
en la corte un dignatario?  
EL CONDE. Marqués, debo á los favores  
mis títulos; lo que valgo.  
EL MARQ. Conde, debo á mis servicios  
ser por la suerte olvidado.  
Os llevo..... de algunos dias;  
os llevo de algunos años.  
EL CONDE. Señor Marqués?  
EL MARQ. Treinta y dos.  
Señor Conde?  
EL CONDE. Veinte y cuatro.  
EL MARQ. ¿Para embajador son pocos?  
Es que los míos son largos  
en campañas, en heridas,  
en duelos, en desengaños.  
EL CONDE. La riqueza no os sonríe:

EL MARQ. vuestro rey es un ingrato.  
Si pobre soy de fortuna  
no necesito prestado.  
Y si jóven he venido,  
porque jóven es mi brazo  
para sufrir vuestro clima,  
sin conocer menoscabo;  
para poder contestar  
con desprecio á los agravios,  
con altivez al insulto  
y á todos con desenfado.

### ESCENA III.

*Dichos, CATALINA.*

CATALINA. Aquí estais, señor Marqués?

EL MARQ. De llegar, Señora, acabo.  
Y cumpliendo vuestras órdenes  
aquí os estaba esperando.

CATALINA. Dispensadme caballero, *(al Conde.)*  
de dejarnos por un rato.

*(Vase el Conde por la izquierda.)*

### ESCENA IV.

CATALINA, EL MARQUÉS.

CATALINA. Señor Marqués, perdonad  
que aquí os haya dado cita.

EL MARQ. Es una gracia esquisita  
la de vuestra Magestad.

CATALINA. Seis meses ha que en mi Corte  
sois el galan mas cortés.  
Cómo me llamis, Marqués?

EL MARQ. La Semíramis del Norte.

CATALINA. Es frase muy halagüena  
que respira adulacion.

¿A hablar con el corazon  
la diplomacia os enseña?

EL MARQ. Señora, es grande el aprieto  
si se me obliga á fingir.

- CATALINA. Cómo ¿no sabeis mentir?  
EL MARQ. No sé faltar al respeto.  
CATALINA. Ocasión es de probaros  
en vuestro propio sentido.  
Esta tarde habeis venido.....
- EL MARQ. Aquí, para saludaros.  
CATALINA. Y cual es vuestra misión  
como embajador del rey.
- EL MARQ. De los tratados la ley  
espresa la obligación.  
Aquí del rey la persona,  
emperatriz, represento.
- CATALINA. Por mi reconocimiento  
mereceis una corona.
- EL MARQ. Lisongera sois.  
CATALINA. Veraz.  
EL MARQ. No tan alto, que el sol quema.  
CATALINA. Lo bajo de nada es lema;  
vos, de todo sois capaz.  
Si venís, decidme ahora,  
para mí de embajador,  
ó para el emperador.  
¿No me respondeis?
- EL MARQ. ¡Señora!
- CATALINA. Es de tal naturaleza  
vuestro fin para ocultarlo?  
Si es posible revelarlo  
hablad luego con franqueza.
- EL MARQ. La comisión se adivina.  
Es para felicitar,  
por su honor al noble Czar,  
y á su esposa Catalina.
- CATALINA. Ya que reservais oculto  
ese secreto de Estado,  
os lo diré de contado.
- EL MARQ. Señora, lo dificulto.  
CATALINA. Por qué fingís, caballero,  
cuando se palpa y se vé?
- EL MARQ. Sin saberlo, lo callé.  
CATALINA. Pues la confesión prefiero.  
Con todo, si os es sensible

el arcano revelar,  
lo voy á manifestar.

EL MARQ.  
CATALINA.

Señora, si es imposible!  
Pronto vereis como yo  
se detallar por completo  
el trascendental secreto  
que tan mal se reservó.  
Jóven, bravo, sin rival,  
y de la Corte ornamento,  
venis aquí con intento  
de una ambicion natural.  
Por vuestra fina elegancia  
más que como embajador,  
como <sup>o</sup>bello seductor  
os envia el rey de Francia.

Dijo Luis al presente:  
«En Rusia te necesito,  
si llegas á favorito  
puedes servirme fielmente.»

Porque supone el francés  
que soy una *mesalina*:  
¡Necio error! Soy Catalina;  
de nadie dama, Marqués.

Y tened bien entendido  
para siempre, embajador,  
que no soporto señor,  
como no sufro marido.

Y si el público murmura  
sobre mis inclinaciones;  
ellas serán distracciones  
y jamás torpe locura.

Dejemos en este punto  
la cuestion de personas;  
cuando peligran coronas  
la mujer es poco asunto.

Examinad este siglo;  
examinad el pasado:  
el trono ¿qué es? Un mercado:

El monarca es un vestigio.  
Solo gobiernan en Rusia  
los monarcas estranjeros;

ó indignos aventureros  
de Alemania ó de la Prusia.  
Así Pedro con sus vicios  
al pueblo da la miseria:  
desterrando, á la Siberia;  
condenando, á los suplicios.

Eso no ha de proseguir;  
ni el despótico dominio;  
ni ese feroz esterminio:  
en Rusia se ha de vivir.

Pues yo quiero terminar  
tanto crimen infecundo:  
y la Rusia para el mundo  
trato de civilizar.

Razonad, Marqués, un poco;  
dadme vuestro parecer:

¿debo ó no favorecer  
á ese Czar beodo y loco?

EL MARQ.

Es tan alta la prudencia  
como lo es la dignidad:  
yo acato á la majestad;  
yo respeto á la conciencia.

Comprendo que es deshonroso  
ver el delito sin fin,  
borrachera en el festin  
y gobierno indecoroso.

Mas, útil no puedo ser:

Señora, soy extranjero.

CATALINA.

Naturalizaros quiero:  
y más podeis pretender.

Venid y dadme la mano;  
vaya abajo el despotismo;  
borremos el fanatismo  
de todo el linage humano.

Un amigo me faltaba  
en mi grande y noble empresa:  
al veros, el temor cesa;  
al oiros, la duda acaba.

EL MARQ.

Estoy conforme, señora,  
con la idea en general.  
Pero, lo más esencial.....

- CATALINA. Es cuestion hoy sin demora.  
Marqués, resuelta á jugar  
de una vez mi suerte estoy:  
á decir á Pedro voy:  
ó bien morir, ó abdicar.  
Que no resista: porque  
si por su culpa una gota  
de sangre en la lucha brota  
implacable juzgaré.  
Vos, que sois su confidente,  
buscad un medio eficaz:  
pronto, la guerra ó la paz:  
que sea condescendiente.  
Cumplid mi solicitud:  
y será la recompensa  
tan honrosa, tan inmensa,  
que obligará á gratitud.  
No os lo mando, que os invito;  
hablo, Marqués, sin ficcion:  
¿no es sabrosa la ambicion?  
Sereis más que favorito.
- EL MARQ. Si logro llevar feliz  
la idea á su cumplimiento  
para servir es mi intento  
á la escelsa emperatriz.  
Juro por todo mi honor  
lo posible negociar.
- CATALINA. Pues, amigo, sin tardar  
traedme al emperador.

*(Váse el Marqués por la izquierda.)*

### ESCENA V.

CATALINA, EL CONDE.

- CATALINA. Ese jóven va á servirme  
perfectamente, despues  
si viene Pedro, corriente:  
y si no viene, tambien.  
Prefiero que el Czar abdique:  
otra solucion es cruel.  
Ya es hora de que en la Rusia

el verdugo en paz esté.

*(Entra el Conde por la izquierda.)*

Están ya los conjurados?

EL CONDE. Esta noche prontos.

CATALINA. Bien.

EL CONDE. Abdica el Emperador?

CATALINA. Dentro poco lo sabré.

EL CONDE. La seña?

CATALINA. Será un pañuelo.

EL CONDE. Si es blanco.....

CATALINA. Nada hay que hacer.

EL CONDE. Y si fuese colorado.....

CATALINA. A la capital corred:  
la tropa sobre las armas  
sin moverse del cuartel.  
Que los Ministros de Pedro  
sean presos disponed.

EL CONDE. Nada más?

CATALINA. No, por ahora.

EL CONDE. ¡Nada más!

CATALINA. Bien claro hablé.

Tened cuidado, Gregorio,  
de mi intencion comprender.

*(Vase el Conde por la izquierda.)*

*(El Emperador llega por la derecha  
acompañado por el Marqués que se retira.)*

## ESCENA VI.

CATALINA, PEDRO.

PEDRO. Me has llamado, Catalina?

CATALINA. Te he llamado.

PEDRO. Qué deseas?

CATALINA. Que condescendiente seas.

PEDRO. Es tu idea peregrina.  
Me han dicho que conspirais:  
no lo creo; no lo temo.

Si fuese cierto el extremo,  
mucho, Señora, arriesgais.

CATALINA. Una madre no conspira  
cuando á sus hijos defiende.



- PEDRO. Esa madre, qué pretende?  
CATALINA. La justicia.  
PEDRO. La mentira.  
CATALINA. Insulto grosero.  
PEDRO. Mucho.  
CATALINA. Insulto que llega al alma.  
PEDRO. Catalina, habla con calma;  
que con paciencia te escucho.  
CATALINA. Debes en acta legal  
nombrar á Pablo heredero  
del Imperio.  
PEDRO. ¡Ya!  
CATALINA. Lo quiero.  
Estás dispuesto?  
PEDRO. No tal.  
Y sabes bien la razon  
que abona mi negativa.  
CATALINA. Respuesta...  
PEDRO. Definitiva.  
CATALINA. Y tus miras cuáles son?  
PEDRO. El repudio.  
CATALINA. Es un abuso.  
PEDRO. Sospechas...  
CATALINA. No son verdad.  
PEDRO. Bastará mi voluntad  
segun de Rusia es el uso.  
CATALINA. No consideras, mal padre,  
que no es Pablo el solo hijo?  
PEDRO. Los demás... ya sé de fijo  
que no tienen más que madre.  
CATALINA. Ésas indignas sospechas  
en un hombre depravado  
á tí solo han deshonrado.  
Son dudas.  
PEDRO. Son cosas hechas.  
CATALINA. Ese lenguaje soez  
propio de beoda turba  
á una madre no conturba:  
de las madres no eres juez.  
Si á mi Pablo desconoces  
¿en qué fundas tu criterio?

PEDRO. Es fruto del adulterio.

CATALINA. ¿A la niña reconoces?  
Discurres de esta manera  
porque á tu razon domina  
una necia concubina,  
ni casada, ni soltera.  
Yo, de mis hijos defiendiendo  
los derechos adquiridos  
y por tí reconocidos.

PEDRO. Anularlos hoy pretendo.

CATALINA. Con que solo desde ayer,  
mal esposo y peor padre,  
infamas así á la madre,  
insultas á la mujer?  
Con que solo desde una hora  
propalas con tales bríos  
lo que llamas extravíos  
de la que fué tu señora?  
En mi rostro no hay matiz  
que denuncie la impureza:  
en el tuyo la flaqueza  
mide cada cicatriz.

Por la crápula cegado  
sabes tú lo que es honor?

PEDRO. Yo soy el Emperador.

CATALINA. Que puede ser destronado.  
Ni mi culpa, ni la tuya  
de nuestro hijo ha de ser mengua:  
calle pues tu torpe lengua;  
deja la virtud, que es suya.  
Y si algun dia á los dos  
juzga el mundo sin malicia  
á cada uno hará justicia;  
y si no nos la hará Dios.

PEDRO. Este asunto es enojoso:  
ninguna suelta tendrá.

CATALINA. Concluyamos.

PEDRO. Bien está.

Linda esposa!

CATALINA. Lindo esposo!

Reflexiona, Pedro.

PEDRO. Nada.  
CATALINA. Quieres la paz ó la guerra?  
PEDRO. El repudio aquí en la tierra  
y en el Cielo tu morada.  
CATALINA. Este es tu fallo?  
PEDRO. Cabal.  
CATALINA. Pues tú, pronta abdicacion:  
ó una lóbrega prision,  
si no hay cosa más fatal.  
*(Saca un pañuelo encarnado y vase por  
la izquierda llevando el pañuelo desple-  
gado en la mano.)*

### ESCENA VII.

PEDRO, EL MARQUÉS, *que llega por la derecha.*

PEDRO. Qué os parece mi respuesta?  
EL MARQ. Imprudente y peligrosa.  
Además no es decorosa  
y puede seros funesta.  
PEDRO. Yo soy el Emperador.  
EL MARQ. Es ella la Emperatriz.  
PEDRO. Yo sospecho...  
EL MARQ. ¡Bah! Un desliz!  
Sospecha no es deshonor.  
Aunque manifiesta fuera  
la flaqueza de una dama,  
debe salvarse su fama  
por una falta lijera.  
PEDRO. Es crimen el adulterio.  
EL MARQ. Crimen es; mas perdonable.  
Señor, si sois inculpable  
está bien el improprio.  
PEDRO. Yo soy el juez en mi corte.  
EL MARQ. Es verdad: pero entendido,  
que un adúltero marido  
no es buen juez de su consorte.  
El que es reo, en su conciencia  
de todo sospecha y duda:  
esta razon es muy ruda;  
mas, defiende á la inocencia.

- PEDRO. Inocente ser podría?  
EL MARQ. Y por qué no puede serlo?  
PEDRO. Marqués, si pudiera verlo  
tampoco lo creería.  
EL MARQ. Porque todo pecador  
con los otros nunca es justo.  
PEDRO. Es decir que soy injusto...  
EL MARQ. Me lo parece, señor.  
Por más que asome muy clara  
una mancha en su señora,  
el noble no se desdora  
poniendo un velo en su cara.  
PEDRO. Es en vano vuestro empeño:  
no la puedo perdonar.  
EL MARQ. ¿De qué sirve aconsejar?  
de vos mismo no sois dueño.  
Como monarca absoluto  
solo vivís de capricho;  
dais crédito á cualquier dicho:  
¿por qué no sois más astuto?  
PEDRO. Y para qué necesita  
mi poder tanto romance?  
EL MARQ. Para salvar un percance  
que muchas veces se evita.  
Trataís de obrar con fiereza  
matando por todos lados:  
pensad que los conjurados  
cara os darán su cabeza.  
Tienen prevista su suerte  
en una lucha fatal:  
vereis en la capital  
como la sangre se vierte.  
Y qué lograreis al fin  
en combates populares?  
Cadáveres á millares:  
eso, domando al motin.  
Más os fuera preferible  
que escucharais mi consejo;  
cuando lo bárbaro dejo  
y propongo lo apacible.  
Vos dais pábulo á quimeras

y os meteis en lo privado:  
dejad á Dios el cuidado  
de las íntimas esferas.  
Vuestros hijos, si son hijos  
ó no lo son, qué os importa?  
Esta cuestion no se corta  
con escándalos prolijos.  
Debiais allá en su cuna  
ó bien antes de nacer,  
negarles el nombre y ser...  
hoy la hora no es oportuna.  
Esa dama que os incita  
á medida tan siniestra  
es más que enemiga vuestra,  
es una vil favorita.  
Promoviendo injusto encono  
exije que os divorcieis;  
y que con ella os caseis:  
ella, qué será en el trono?  
Los necios aduladores  
os engañan, ó son locos:  
si sucumbís, serán pocos;  
pero todos son traidores.  
Dejemos pues lo pasado;  
sed hombre con dignidad:  
si hubo culpa, perdonad;  
y vos sereis perdonado.  
¡Santa doctrina!

PEDRO.

EL MARQ.

Por cierto

que la debierais seguir.

PEDRO.

Consejo voy á pedir  
á aquella que por mí ha muerto.  
Esta es la hora de rezar  
por el ángel que he perdido.  
Señor marqués, no os despido:  
poco tendreis que esperar.

*(El marqués se retira hácia la derecha  
entre columnas.)*

## ESCENA VIII.

*(Empieza á anochecer.)*

PEDRO, LUCRECIA *escondida tras de su tumba.*

PEDRO. Cuando contemplo con dolor sombrío  
fatal sepulcro en donde un ángel posa,  
percibo vaga sombra silenciosa,  
recuerdo fugitivo de pasión.

¡Lucrecia! Mi plegaria en vano envío;  
inútil el afán es en el suelo.

¡Ah! Tú me prometías desde el Cielo  
bajar envuelta en nubes de perdón.

Escucha de mis lábios esa historia  
que dicta el corazón desesperado:  
si el vicio mi ignorancia ha mancillado  
la culpa tú bien sabes de quien es.

Aborto yo nací de vana gloria,  
sin luz vivificante para el alma:  
ni para la ambición obtuve calma,  
ni conocí la flor como el ciprés.

Sentado por el crimen sobre el trono  
la corte fué un perenne precipicio:  
las madres me nutrieron con el vicio;  
las hijas me brindaron liviandad.

Los odios, las envidias, el encono,  
mentían aparentes sus favores:  
el cetro solo daba sinsabores;  
los templos eran focos de maldad.

Debían ser sin duda lo que fueron  
las razas que la Rusia ha maldecido:  
enjambre destructor, que ha corrompido  
las chozas, los altares, el dosel.

Incestos, parricidios, sucedieron  
un siglo y otro siglo y hasta el día:  
ejemplo, que á mis ojos ofrecía,  
después de cien monarcas, Isabel.

Y tú, Lucrecia mía, no perdonas  
al desdichado padre?... Yo deliro!  
Aguardo del cadáver un suspiro;  
y solo el viento exhala su dolor.

No más delitos! Caigan las coronas  
de mi culpable sien. No las merezco.  
Lucrecia, en tu sepulcro yo me ofrezco  
por víctima espontánea al Redentor.

*(Reclinado contra la reja.)*

Voz de Lucrecia. Ya perdonado estás.

PEDRO. Señor ¡qué escucho!

El ángel de la tumba lo revela.

Repite la palabra que consuela

y por los aires huye tan veloz.

*(Va oscureciendo.)*

Voz de Lucrecia. Ya perdonado estás.

PEDRO. Señor, es mucho

el súbito favor que me concedes.

¿De dónde, dulce acento, tú procedes?

Lucrecia ¿es de tus lábios esa voz?

LUCRECIA. *(Saliendo de lo interior vestida de blanco  
y permaneciendo al lado de su tumba.)*

Lucrecia soy, señor, que de la fosa  
para salvaros Dios me ha preservado.

PEDRO. Perdona, pobre niña, mi pecado.

LUCRECIA. Vos sois mi padre!

PEDRO. Y tú el perdon me das!

Espícame tu suerte prodigiosa...

LUCRECIA. Horrible fué aquel trance en la agonía!

Morir, morir por voluntad quería.

PEDRO. Y Dios obró un milagro?

LUCRECIA. Sí: hizo más.

*(Lucrecia abre la puerta de la reja y entra en el atrio.)*

## ESCENA IX.

PEDRO, LUCRECIA.

LUCRECIA. Escuchad mi confesion  
si es segura vuestra enmienda.

PEDRO. Te debo mi conversion.

Habla al menos que comprenda  
como fué tu salvacion.

LUCRECIA. Por un furtivo placer  
engañasteis á mi madre;  
al darme la pobre el ser

quedó sola, yo sin padre;  
faltando vos al deber.  
Olvidasteis sin pesar  
á la mujer desdichada:  
no pensando, que al dejar  
á la viuda abandonada,  
era madre por azar.  
Prosiguiendo torpe via  
codiciasteis mi hermosura:  
y el corazon no os decia  
que os amaba el alma mia,  
siendo vuestra criatura.  
No podia profanar  
de mi madre el apellido:  
porque habia prometido  
á todo el mundo ocultar  
que era madre sin marido.  
Perseguida mi belleza  
por vuestro afan cortesano  
acepté como fineza  
de aquel infame la mano  
para salvar mi pureza.  
El malvado encubridor  
me vendió á vuestra lujuria:  
en una noche de horror  
cometisteis vil injuria,  
sustituyendo al traidor.  
La venganza me ha llevado  
á un extremo muy sensible:  
pues de muerte he castigado  
á aquel hombre aborrecible  
que mi cuerpo ha traspasado.  
Mas al verme deshonrada  
y para el mundo perdida,  
me maté, desesperada.

PEDRO.

LUCRECIA.

No: quedé con vida,  
en el suelo desmayada.  
Al querer pasar el seno  
con la punta del puñal  
no tuve el pulso sereno:



el golpe no fué mortal  
pues no penetró de lleno.

PEDRO. Lucrecia, estoy condenado!

LUCRECIA. En el arcano profundo  
está el crimen sepultado:  
y nadie sabrá en el mundo  
lo enorme del atentado.

PEDRO. Y á quién debes, hija mia,  
el librarte de la muerte?  
Yo que con todos creía  
que tu cuerpo frío, inerte,  
esa tumba contenía?

LUCRECIA. Ese secreto, señor,  
no pertenece á Lucrecia.

PEDRO. Y quién es tu salvador?  
Quién en el mundo se precia  
que le debas tal favor?

### ESCENA X.

PEDRO, LUCRECIA, EL MARQUÉS.

*(Queda casi oscura la escena y solo la luz de la lámpara deja percibir á los actores.)*

EL MARQ. Perdonad á un extranjero  
que os interrumpa.

PEDRO. Por qué?

EL MARQ. Grave riesgo considero...

PEDRO. Azorado estais, á fé.

LUCRECIA. Hablad pronto, caballero.

EL MARQ. Ocultaos.

PEDRO. ¿Quién?

EL MARQ. Los dos.

LUCRECIA. Si, padre: venid conmigo.

*(Procura llevarlo á la Capilla.)*

PEDRO. Y qué pensais hacer vos? *(Al Marqués.)*

EL MARQ. Salvaros.

LUCRECIA. Es un amigo: *(Habla á Pedro.)*

el mejor despues de Dios. *(Por el Marqués.)*

PEDRO. He de dejaros aquí,  
en el peligro, Marqués?

EL MARQ. Peligro no hay para mí.

- PEDRO. Decidme para quien es.  
EL MARQ. Escondeos.  
LUCRECIA. Vamos.  
PEDRO. Si.  
EL MARQ. Dejad, señor, el gaban,  
vuestro gorro, vuestra espada.  
PEDRO. Esplicadme tanto afan.  
*(Quítase el gaban de seda, el gorro y la  
espada que entrega al Marqués.)*  
LUCRECIA. Entrad en esa morada.  
*(Aproximándose á la Capilla.)*  
EL MARQ. Si no huís, os matarán.  
LUCRECIA. Padre, venid á este asilo  
que al vivo no dá acogida.  
Tiene espedita salida.  
EL MARQ. Cerrad la puerta: y tranquilo  
creed que salvais la vida.

*(Pedro y Lucrecia desaparecen por la Capilla des-  
pues de cerrar la puerta con candado interior sin ruido.)*

*(El Marqués se pone el gaban, se quita el sombrero  
que tira hácia la derecha, se coloca el gorro del Empe-  
rador en la cabeza y desnuda la espada, colocándose  
de espaldas á la puerta de la Capilla.)*

*(El Conde y Alejo llegan por la izquierda en primer  
término.)*

## ESCENA XI.

EL CONDE, ALEJO, *en el proscenio.* EL MARQUÉS *en el fondo.*

EL CONDE. Has visto el pañuelo? *(A media voz.)*

ALEJO. Sí:

encarnado.

EL CONDE. Es la señal.

ALEJO. Me esperabas?

EL CONDE. Solo á tí.

ALEJO. La oscuridad no es total.

EL CONDE. Una sombra veo allí.

*(Señalando al Marqués.)*

ALEJO. Ahí está el Emperador:  
como suele, taciturno.

EL CONDE. Alejo, calma y valor,

ALEJO. Su crepúsculo nocturno  
la tarde dá por favor.

EL CONDE. Has tomado las medidas?

ALEJO. El atrio por los dos lados  
tiene francas sus salidas.  
Si nos vemos apurados  
jugaremos nuestras vidas.

EL CONDE. Vamos, Alejo, desnuda  
la espada: dále en el pecho.

ALEJO. Mano firme.

EL CONDE. Boca muda.

Solo un golpe: y buen provecho.

ALEJO. Buen resultado.

EL CONDE. No hay duda.

*(Tiran de sus espadas y uno por cada lado se dirigen, hácia el Marqués.)*

*Este se pone en guardia.*

*La oscuridad deja brillar los aceros.*

*El Marqués de espaldas á la Capilla no deja ver su rostro á los hermanos.)*

EL MARQ. Cómo es eso! Se asesina  
en Rusia de esta manera?

*(Retroceden los dos hermanos sin dejar de estar preparados para acometer al Marqués.)*

ALEJO. Creo que ruje la fiera.

EL CONDE. No ruje, sino que trina  
al verse en la ratonera.

EL MARQ. No hay miedo con malhechores.

Venid acá, vive Dios,  
cobardes, como traidores:  
yo basto para los dos.

Adelante, pues, señores.

*(Dá un paso por el lado del Conde, cierra rápidamente con éste y de un golpe le desarma.)*

*Retrocede más el Conde hasta primer término.*

*Hace lo mismo con Alejo, y éste pasa al primer término del otro lado.*

*El Marqués en medio de ambos, en el centro, con la espada en la mano.)*

Cede, malvado, tu espada.

*(Desarma al Conde.)*

Caiga la tuya aquí al suelo.

*(Desarma á Alejo.)*

¿A qué viene la emboscada?  
No sois hombres para el duelo  
que preparais la celada?

EL CONDE. Esa voz, Alejo!

EL MARQ. Es mía.

Lo dudais? Miradme bien.

¿No estais ciertos todavía?

Este es mi rostro también.

¿No os place mi cortesía?

Reconoced el error.

Pues... me quito ese gaban  
y el gorro de Emperador.

*(Tira la espada al suelo. Quitase el gaban y el gorro  
que arroja entre las columnas de la derecha.)*

*(Llegan dos pages con hachas encendidas por la  
izquierda.)*

EL CONDE. Es el Marqués de Rohan!

ALEJO. El francés embajador.

## ESCENA XII.

*Dichos, CATALINA por la izquierda detrás de los pages.*

CATALINA. Qué acontece, caballeros?

En palacio, desafíos!

EL MARQ. Esos lindos escuderos  
querian probar mis bríos  
y han rendido sus aceros.

Si me veis sin él ahora  
es que lo he puesto en el suelo  
por respeto á vos, señora.

*(A los dos hermanos.)*

A vuestra palabra apelo:  
justificad, sin demora.

EL CONDE. Nos hemos equivocado.

ALEJO. ¡Un error!

EL CONDE. Falsa apariencia.

EL MARQ. Y si me hubieseis pasado?

ALEJO. Una mala inteligencia.

EL MARQ. Me veria sepultado.

- CATALINA. Que no suceda jamás  
(A los dos hermanos.)  
lucha alguna clandestina:  
ó habrá de ver Satanás  
como corta Catalina  
vuestras manos y algo más.  
Ese error que por desgracia  
tan á disgusto presencio  
es prueba de pertinacia.  
Mando completo silencio...  
solo así daré mi gracia.  
(A los dos hermanos que se han inclinado  
ante la Emperatriz.)
- EL CONDE. Estais, Marqués, resentido?
- ALEJO. Perdonad: no hubo intencion.
- EL MARQ. No me doy por ofendido.
- EL CONDE. Sensible equivocacion  
que nos pesa haber sufrido.
- EL MARQ. En prueba de que lo creo,  
les devuelvo sus espadas:  
que aunque rendidas las veo,  
por sus dueños son honradas...  
y que más valgan deseo.  
(Recoge las espadas que entrega á cada  
uno sin recoger la suya.)
- CATALINA. La vuestra no recogeis? (Al Marqués.)
- EL MARQ. Dispense Su Magestad.
- CATALINA. Ceñirla, Marqués, podeis.  
(Rehusa el Marqués inclinándose.)  
Lo mando yo.
- EL MARQ. Perdonad.  
(Recoge y ciñese la espada despues de  
envainarla.)
- CATALINA. Vosotros... que os retireis.  
(A los hermanos que salen por la iz-  
quierda.)

### ESCENA XIII.

CATALINA, EL MARQUÉS. Los pages en el fondo.

- CATALINA. Abdica?
- EL MARQ. Por abdicado.

- CATALINA. Sin condiciones?  
EL MARQ. Ninguna.  
CATALINA. Qué me exigís?  
EL MARQ. Vuestro agrado.  
Si mi voz no es importuna  
estará más que pagado.  
CATALINA. Quereis ser un tipo justo  
de honradez á toda prueba.  
Evitadme ese disgusto:  
y que Catalina os deba  
algun favor... por mi gusto.  
EL MARQ. Una gracia tal vez pida  
á la Emperatriz gloriosa.  
CATALINA. Si es posible, concedida.  
EL MARQ. ¡Señora! Sed generosa.  
CATALINA. Quiero ser agradecida.  
EL MARQ. Mirad que es atrevimiento  
mi grave solicitud.  
CATALINA. Lo dicho: no me arrepiento.  
Ya vereis la prontitud  
con que os dejaré contento.  
EL MARQ. Subid, Catalina, pues  
al trono del que sois digna.  
No ensangrentéis vuestros piés  
sobre raza tan indigna.  
CATALINA. Oh, cuán noble sois, Marqués!  
EL MARQ. Ni un estigma, ni un matiz,  
manchará vuestra persona.  
La gloria os hará feliz!  
Bella será la corona  
y vos, grande, Emperatriz!



---

## ACTO SEGUNDO.

---

Palacio de la Embajada francesa en San Petersburgo.

Salon con mesas y sillones. Sobre una mesa el pabellon francés arrollado. Dos puertas á cada lado.

Entrada al salon por una gran escalera en el fondo. Ventanas á derecha é izquierda de la escalera.

### ESCENA I.

EL MARQUÉS, EL CONDE, ALEJO.

EL CONDE. Su Magestad ha exigido,  
y la hemos hecho promesa,  
de venir los dos á daros  
satisfaccion por la ofensa.

EL MARQ. Por recibida, señores.  
Y dareis la enhorabuena  
á la escelsa Emperatriz  
por el logro de su empresa.

EL CONDE. Ha triunfado Catalina  
sin sangre, sin resistencia.

EL MARQ. Porque Pedro ha renunciado  
á toda propia defensa.

ALEJO. Era inútil.

EL MARQ. Quién lo sabe!

EL CONDE. La cuestion está resuelta,  
abdicó el Emperador;  
Catalina ya gobierna;  
y la Rusia se verá  
libre de tantas torpezas.

EL MARQ. Ha de ser feliz la Rusia  
bajo tan cabal princesa.  
Es jóven, sábia, prudente:

- y sobre todo muy bella.
- EL CONDE. Ya lo saben vuestros ojos.
- EL MARQ. Mis ojos siempre respetan.  
Si miran, es desde lejos;  
como al sol ven los planetas;  
como sabe un gentilhombre  
venerar á las Altezas.
- EL CONDE. Exagerais las costumbres.
- EL MARQ. Cortesanía francesa.
- EL CONDE. Pues aquí somos más hombres;  
vivimos sobre la tierra:  
nos gustan las hermosuras  
y las miramos de cerca.
- EL MARQ. Buen provecho, señor Conde;  
y subid á la grandeza:  
cuanto más alto va el humo  
más arriba, Conde, ciega.
- EL CONDE. Mi deseo está logrado.
- EL MARQ. Y la ambicion?
- EL CONDE. Es modesta.
- EL MARQ. Dejad al menos que Alejo  
á vuestro lado algo sea.
- ALEJO. Tampoco Alejo pretende  
ni coronas, ni veneras.
- EL MARQ. Entonces podeis ceñiros  
un cilicio de estameña:  
á no ser que por más santa  
os pongais la cruz acuestas.
- ALEJO. Sí: la cruz del matrimonio.
- EL CONDE. Cuando la mujer no es fea.
- ALEJO. Dispensadnos, caballero.
- EL MARQ. Esta casa, como vuestra.
- EL CONDE. Mi gratitud para siempre.
- ALEJO. No olvidaré la fineza.  
(*Vanse por la izquierda.*)
- EL MARQ. Ni yo tampoco la infamia  
de canalla aventurera.



## ESCENA II.

EL MARQUÉS, UN CRIADO *que trae una cajita con su llave.*

EL CRIADO. Señor..... de Su Majestad.  
*(Entrega la caja y se vuelve por la derecha.)*

EL MARQ. Caja..... con su llave puesta.  
Veamos su contenido;  
sin duda es grata sorpresa.  
*(Abre la caja y saca los objetos que cita.)*

Es la cruz de S. Andrés  
y de brillantes su estrella:  
de Catalina el retrato  
y una carta.... muy discreta.  
Obsequio de Emperatriz.....  
Es capricho ó recompensa?  
Ya lo dirá en esta carta  
Catalina ó la princesa. *(Lee la esquila.)*

¡Bah! Me nombra Caballero.....  
no necesito vitelas:  
y su retrato me manda.....  
la diplomacia es añeja.  
Pero anuncia su visita  
á las diez..... son nueve y media.  
*(Saca un reloj y mira la hora.)*

A qué viene esa mujer?  
de mí no sé que pretenda:  
porque no creo que trate  
de poner mi amor á prueba.  
Prevengamos á mi niña  
por lo que suceder pueda.

*(Al dirigirse á la derecha entra Lucrecia.)*

## ESCENA III.

EL MARQUÉS, LUCRECIA *por la derecha.*

LUCRECIA. Aquí estoy, amigo mio.

EL MARQ. Qué te parece el regalo?  
*(Enseñándole la cruz y el retrato.)*

LUCRECIA. El obsequio nunca es malo.

EL MARQ. Pues yo de ella desconfío:  
su fina doblez penetro  
y estudiada recompensa.

LUCRECIA. Por qué?

EL MARQ. De este modo piensa  
haber conquistado el cetro.  
Trabajo en tal ocasion  
segun cumple á mi deber:  
vine aquí para obtener  
una pronta abdicacion.

LUCRECIA. Y qué le importa á la Francia  
hembra ó varon en el trono?

EL MARQ. El motivo es más de encono  
que por fundada importancia.  
Por esclusivo favor  
la política de Prusia  
era dominante en Rusia  
con el que era Emperador.  
El Rey Luis agraviado  
por esa causa mezquina  
la ambicion de Catalina  
por mi boca ha fomentado.  
Yo á la Francia represento  
en esta grave cuestion.

LUCRECIA. Y tú á la conspiracion  
has dado consentimiento.

EL MARQ. Si á la mujer atrevida  
pudo mi labio adular  
ha sido para salvar  
del Emperador la vida.  
No podia contener  
ese complod tan estenso.  
el Czar estaba indefenso;  
y no pude más hacer.  
Ya es inútil mi presencia  
en Rusia.

LUCRECIA. Quiéres partir?

EL MARQ. Sí: me voy á despedir:  
tengo la real licencia.

LUCRECIA. Y mi padre?

- EL MARQ. Ya es en vano  
cuanto se pida por él.
- LUCRECIA. Será Catalina cruel.
- EL MARQ. Como Pedro fué villano.  
De bondad en su grandeza  
esa Emperatriz blasona.  
Pedro perdió la corona...
- LUCRECIA. Y perderá la cabeza.
- EL MARQ. Exigir su libertad  
es mover la desconfianza,  
provocando la venganza  
hasta la ferocidad.  
Deja, Lucrecia, que siga  
el primitivo proyecto:  
con ese plan indirecto  
tal vez algo se consiga.  
A matarle se resuelve  
si la domina su orgullo:  
si oye de Dios el murmullo  
á su pátria le devuelve.  
Y cuanto menos se pida  
tanto más ha de ceder.  
Qué debemos pues hacer?  
Dejar que ella lo decida.  
Empalagada en la gloria  
hay más probabilidad  
de su magnanimidad  
por esa accion meritoria.
- LUCRECIA. Poco me importa despues  
cuanto en la Rusia suceda,  
si mi padre libre queda:  
estaré léjos, Marqués.
- EL MARQ. Resuelta... Lucrecia, estás?
- LUCRECIA. Oh, sí, Pedro; iré contigo.
- EL MARQ. Venir tú sola conmigo  
¿á qué, Lucrecia, vendrás?  
Tu palabra es negativa  
para mi pasion honesta:  
á darme no estás dispuesta  
una frase decisiva.
- LUCRECIA. Pedro, qué mérito tienen

- intenciones amorosas  
si en su esencia dolorosas  
con el desengaño vienen?  
Si, cuando los lábios abra  
para espresar dicha suma,  
saldrá de luto la espuma  
amargando la palabra!
- EL MARQ. En todo vés desconsuelo.  
LUCRECIA. Porque mucho he padecido.  
EL MARQ. Corazon....  
LUCRECIA. Agradecido.  
EL MARQ. Porque no admite consuelo?  
Tú no me amas. ¿Te disgusto?  
LUCRECIA. Qué me dices? ¡Oh! Te adoro.  
EL MARQ. Cuando gracia de tí imploro....  
LUCRECIA. Satisfacerte es mi gusto.  
EL MARQ. Por qué pues deseo en vano  
ser esposo tuyo?  
LUCRECIA. ¡No!  
Esposa no seré yo....  
A nadie daré mí mano.  
EL MARQ. Si viene tu repugnancia....  
de pretendida viudez....  
LUCRECIA. Me niego por honradez.  
EL MARQ. Funesta perseverancia,  
Lucrecia, si te dijese  
que conozco tu secreto....  
LUCRECIA. Y lo guardas!  
EL MARQ. Por respeto.  
Deseas que te lo espresé?  
LUCRECIA. Ensuciar con cieno inmundo  
casto nombre fuera mengua:  
no te lo dirá mi lengua;  
ni saberlo debe el mundo.  
EL MARQ. Nada en tí pudo el pecado;  
ni la culpa te condena:  
al crimen eres ajena;  
quedas pura en lo pasado.  
Cuando en el suelo tendida  
tú quedaste abandonada,  
yo te encontré desmayada

manando sangre tu herida.  
Tú, cubierta con mi manto,  
yo, por la noche sin luna,  
tuvimos dicha oportuna  
tras del horror y del llanto.  
Y tu padre me encargó  
recoger á la criatura  
para darla sepultura:  
mas viva te logré yo.  
Al volver, Lucrecia en tí,  
entrabas en el delirio;  
hablando de tu martirio....  
el secreto comprendí.  
Y despues de muchos dias  
de luchar con vaga suerte  
entre la vida y la muerte....

LUCRECIA.

EL MARQ.

Tú, salvarme conseguías.  
Convencido del dolor  
adiviné tu vergüenza.  
Deseas que te convenza  
de tu virtud, de tu honor?  
El honor es un cristal  
que no mancha súcia mano:  
el corazon no es liviano  
ni el espíritu carnal.  
La virtud es la pureza  
del sentimiento esclusiva:  
es del alma la fe viva,  
es del ángel la belleza.  
Como al ángel yo te ví;  
como vírgen respeté:  
y tu existencia oculté  
y te guardo para mí.  
El sepulcro fué á mi cargo:  
lo dejé, sin tí, vacío:  
el secreto es tuyo y mio:  
me desdeñas sin embargo.

LUCRECIA.

¿Te complaces en amar  
sin impulso deshonesto  
á la muger, que un incesto  
no puede á Dios ocultar?

EL MARQ. Dios, que vé tu corazon,  
como yo juzgarte debe.  
Quién á acusarte se atreve  
si en tu rostro no hay borron?  
Y nadie por tí pregunta;  
nadie se acuerda de aquella  
que del mundo fué la estrella  
y para el mundo es difunta.  
Examina tu virtud;  
consulta con tu conciencia:  
nada digas por violencia  
ni aun por la gratitud.

*(Toque de campana.)*

Catalina va á venir.  
¿Quién sabe lo que medita?  
Su sospechosa visita  
he querido prevenir.

LUCRECIA. Decida tu voluntad.

EL MARQ. No la mia.

LUCRECIA. Sí: la tuya.

Deja, Marqués, que rehuya  
alguna calamidad.

*(Vase por la derecha.)*

*(El Marqués va á recibir á la Emperatriz que llega por el otro lado.)*

#### ESCENA IV.

CATALINA, EL MARQUÉS, ofreciéndola un sillón.

CATALINA. La Emperatriz no viene á visitaros,  
señor Embajador del Rey de Francia.  
Soy Catalina que desea veros. *(Siéntase.)*

EL MARQ. Merced por el favor, Señora, gracias.

CATALINA. Yo tengo en mi cabeza la corona:  
ahora sobre el trono estoy sentada.  
Si sabios consejeros necesitan  
en pueblos ilustrados los Monarcas  
¿qué pueden las mujeres inexpertas  
reinando en un desierto de ignorancia?  
No veo más que torpes cortesanos  
que buscan galardón á sus infamias;

aduladores, tipo de bajeza;  
y tártaros, modelo de arrogancia.  
No puedo deshacer costumbres vivas:  
¿me ayudareis, Marqués, á reformarlas?  
Aquí los dos bastamos para todo:  
¿quereis entrar de lleno en mi confianza?  
Lo que Biron, Munich, han sido en Rusia  
ejemplo nos darán.

EL MARQ. Y su desgracia.

CATALINA. Cobarde pareceis en los salones  
y prodigais la vida en las batallas?

EL MARQ. Abundan en la Córte los Magnates:  
y buenos servidores nunca faltan.

CATALINA. Detesto toda sombra ponzoñosa;  
no pienso envilecer la Diplomacia.

Si tengo favoritos es abajo:  
la Rusia no verá, jamás, Exarcas.

EL MARQ. ¡Oh! Siento agradecer sinceramente  
favor que no merece mi importancia.

Soy súbdito leal: soy caballero.

CATALINA. El orbe entero es de los hombres patria.  
¿Tan poco valgo yo?

EL MARQ. Por Dios, Señora....

CATALINA. Y soy mujer, Marqués.

EL MARQ. Mujer sagrada:

que el pueblo ha de servirla de rodillas;  
y el hombre con respeto ha de mirarla.

CATALINA. Eso es desprecio.

EL MARQ. Nunca! Sabe el Cielo,  
si Emperatriz no fuerais, os amara.

CATALINA. Se olvidan gerarquías de aparato;  
se dejan para el vulgo las distancias.

EL MARQ. Pedidme la existencia.... vuestra sea:  
volver atrás no puede mi palabra.

CATALINA. Existe en nuestra Rusia venturosa  
una alma que está unida con vuestra alma,

que escucha los latidos de ese pecho,  
y su deleite goza en vuestras ansias?

Respeto compromisos.... sois muy libre...

seguid, pues sois honrado, en la constancia.

EL MARQ. Señora, no merezco distinciones:

y menos de extranjera soberana.  
Mirad si os considero gran Princesa  
que pongo en vuestras manos mi confianza.  
Con santo juramento he prometido  
esposo ser.

CATALINA. ¡Esposo!... Basta... basta.  
Marqués, guardad secreto vuestro voto:  
vereis que Catalina no es ingrata.  
Tan solo solicito, Caballero....

EL MARQ. Su Majestad impera en esta casa.

CATALINA. Si puedo saludar á la futura....  
¿ofende vuestro arcano mi demanda?

EL MARQ. Señora, si sabeis....

CATALINA. Secretos.... muchos!  
Los tiene el corazon; y el labio calla.

EL MARQ. Mi prometida....

CATALINA. Creo, no está lejos.  
Decidla que la Emperatriz la llama.

*(El Marqués saluda á la Emperatriz, y sale por la derecha volviendo en seguida con Lucrecia.)*

## ESCENA V.

LUCRECIA, CATALINA, EL MARQUÉS.

CATALINA. Es esa jóven la futura esposa?  
*(Lucrecia de rodillas á un lado.)*

LUCRECIA. Emperatriz! A vuestros piés postrada.

CATALINA. Ven á mis brazos. *(Lucrecia no se mueve.)*  
Que ¿rehusas, hija?

LUCRECIA. Señora, perdonad. *(Levántase y se retira)*

CATALINA. ¿Por qué te apartas? *(un poco.)*

¿Sospechas que hay doblez en mis acentos?

¿De Catalina dudas, desdichada?

Escucha de mi boca cortas frases:

y juzga quien te pierde, quien te engaña.

El día seis de Abril, la noche oscura,

tendido sobre el lecho un muerto estaba:

una mujer hermosa falleciente

en el lindar yacia solitaria.

Un extranjero ilustre vino entonces



y se llevó á la jóven desmayada.  
Quién era aquella jóven?

LUCRECIA.

Yo, señora.

CATALINA.

Y te salvó el Embajador de Francia.  
La Emperatriz, que todo en Rusia sabe,  
á nadie ha revelado tu desgracia:  
La Emperatriz, que protejerte quiere,  
Lucrecia, no es falaz, no es inhumana.  
¿Exiges de mi amor mayores pruebas?  
Escucha bien, amiga, mis palabras.  
Permito que, difunta para siempre,  
tu nombre suene solo en las plegarias.  
Consiento en que el Marqués te llame esposa,  
si quieres hoy; sin esperar mañana;  
¿deseas más?

EL MARQ.

¡Señora!

CATALINA.

¡Id!... dejadme.

Dichosa juventud, amor os llama.  
Huid por los espacios vaporosos  
en que las ilusiones paz derraman:  
volad al Occidente, pobres niños,  
sin recordar jamás estas comarcas.  
Y, cuando la calumnia desde léjos  
ondule bajo el soplo de la fama,  
lanzando sus sarcasmos denigrantes,  
se atreva á darme el nombre de tirana...  
decid al mundo entero que es injusta  
la historia, si de pérfida me trata.

LUCRECIA.

¡Señora! *(Lucrecia llora.)*

CATALINA.

¿Todavía más mercedes?

LUCRECIA.

Si mi importunidad no os es pesada....

CATALINA.

Tus lágrimas, Lucrecia, dicen mucho:

y tu silencio su dolor declara.

Comprendo tus piadosos sentimientos

y sé porque llorando ahora callas.

El hombre, por quien pides, sin nombrarle,

Lucrecia, no merece ya más gracia.

Si damos al olvido sus miserias,

si velos arrojamos á su cara,

si queda libre y salvo con sus vicios....

lo veo bien: será peor mañana.

Con todo si consuelo puedo darte  
en tu despido ¿entiendes mis palabras?  
bien pronto le verás en esta casa.  
Que sepa que ha abdicado la corona  
y deje correr solas las borrascas.

*(Levántase, saluda y vase por la izquierda. El Marqués y Lucrecia se inclinan respetuosamente. El Marqués quiere acompañarla. Catalina se despide.)*

## ESCENA VI.

LUCRECIA, EL MARQUÉS.

EL MARQ. Lucrecia, no medites más excusas:  
desecha la zozobra; el tiempo pasa.  
Aquí sucumben hombres y coronas;  
el mismo cielo muestra cruda saña.  
Si me amas....

LUCRECIA. Tu pregunta es ofensiva.  
¿Qué más amor que mi pesar demandas?  
¿En dónde existirá mayor cariño?  
Me ves sufriendo: y sin piedad me ultrajas.  
¿Yo, qué era ayer?

EL MARQ. Un ángel, mi Lucrecia.

LUCRECIA. Hoy, qué he de ser?

EL MARQ. Difunta.

LUCRECIA. Sí: y salvada.

EL MARQ. Difunta en los anales de la Rusia  
y viva para el Cielo de la Francia.  
Admite los suspiros de un esposo:  
y vén á respirar benignas auras,  
que dichas y placeres nos ofrecen  
las nupcias por la Iglesia consagradas.

LUCRECIA. Recelo, Pedro mio, el infortunio  
del himeneo mismo al pié del ara.  
El corazon humano no es constante;  
el corazon sujeto está á mudanzas.  
Acaso el porvenir escupa al rostro  
de mi pasado, sus inmundas manchas:  
y al despertar del sueño de delicias  
la lepra veas en mi súcia cara.

EL MARQ. Retira tus blasfemias, pobre jóven;  
y pídamе perdon tu desconfianza.  
Aquí el destino puso mi ventura;  
aquí, Lucrecia, muerta te encontraba.  
Yo te salvé. Tu vida toda es mia:  
¿derecho no me dá la tumba santa?  
Si quieres hija ser, renueva el crimen;  
yo volveré tus restos á la caja:  
y sobre tu féretro, tras tu sombra,  
sabré morir con postuma esperanza.

*(Lucrecia llora.)*

No llores, no, Lucrecia. ¿De qué sirve  
el llanto que sin causa se derrama?  
Huyamos de ese emporio de delitos;  
busquemos un asilo en tierra estraña,  
en donde brille el sol con más pureza  
y el cielo dé sin nieves noches claras.

LUCRECIA. Si la hija deja al padre abandonado  
allá el remordimiento quién lo aplaca?

EL MARQ. Lucrecia, no véс tú que para el mundo  
la tumba, de los hombres te separa?  
No sabes que del crimen de tu padre  
á tu inocencia la virtud aparta?  
Absurda concesion de Catalina  
pretendes conseguir con nueva instancia?  
Lo que calló su boca, yo revelo:  
no puedes apelar á dudas vanas,  
descubre tu secreto ¡qué vergüenza!  
envuelves á tu madre con la infamia.  
Aprenden que eres viva tus hermanos  
¿de sus furores como libre escapas?  
Arroja tus recuerdos al olvido;  
y cubra tu pasado la mortaja.  
El crimen te dió vida, te dió muerte:  
en otro mundo estás.

LUCRECIA. Resucitada.

EL MARQ. Decide de una vez, Lucrecia mía.  
Vendrás, esposa?

LUCRECIA. Sí.

EL MARQ. Promesa franca. *(Dánse las manos.)*  
Huyamos, dulce amiga.

LUCRECIA. Si: contigo.  
¡La dicha Dios dará!

EL MARQ. Perfecta y santa.

### ESCENA VII.

*Dichos, PEDRO, subiendo rápidamente por la escalera.*

PEDRO. No dejarás, Lucrecia, nuestro suelo;  
que todavía el pueblo Czar me llama.  
La Corte reconoce mis derechos:  
la abdicacion, unánime rechaza.  
Seré lo que debia, por mi nombre:  
soy de las Rusias el legal Monarca.  
*(Rumor lejano al fondo.)*

EL MARQ. La abdicacion....

PEDRO. Marqués, ha sido engaño.

EL MARQ. Así empañais, señor, deber y fama.

PEDRO. Creéis que soy perjuro, Caballero?

EL MARQ. Renuncia fué formal.

PEDRO. Marqués, forzada.

EL MARQ. Quizás muy pronto venga el desengaño.

LUCRECIA. Ojalá Dios escuche mis plegarias.

PEDRO. Milagros, hija mia, Dios concede.

EL MARQ. Y quién os asegura que no es farsa?  
*(Gritería confusa y lejana.)*

PEDRO. Los gritos de las turbas por las calles  
Marqués, ois? El nombre mio aclaman.  
*(Asomándose á una de las ventanas del fondo.)*  
El Conde de Munich está arengando  
al pueblo que pulula por la plaza:  
y todos los soldados con sus gefes  
al aire dán sus vivas entusiastas.

EL MARQ. Ay, infeliz! Es un complot inicuo,  
de algun traidor maléfica patraña;  
para llevaros á un extremo loco  
para cortaros la cabeza el hacha.  
¿Qué significa en pos de la renuncia  
tan necia, tan audaz calaverada?  
Ahora no es posible que perdone  
esa mujer terrible vuestra trama.

La cárcel, el suplicio, sin remedio  
envueltos con horrores os aguardan.

LUCRECIA. Y quién se atreverá.....

EL MARQ. Razon de Estado.

¿El regicidio en Rusia es cosa rara?  
Dirán que sois rebelde á Catalina,  
que infiel habeis faltado á la palabra;  
dirán que el interés, la paz de Rusia  
sobre el cadáver vuestro están fundadas;  
dirán que los motivos son urgentes  
y que la misma muerte es necesaria.

PEDRO. Teneis razon, Marqués.

*(Gritería.)*

LUCRECIA. Por qué los hombres  
son tan falaces?

EL MARQ. Porque siempre engañan.

Lo veis ahora?

*(Asomados á la ventana.)*

LUCRECIA. Todo fué supuesto.

EL MARQ. Pasó volando la mentida alarma.

La tropa victorea á Catalina;  
y vuestro nombre al vituperio lanzan.

PEDRO. Sepamos pues morir, amigo mio:  
tan repugnantes faces ya me cansan.

EL MARQ. La turba se dirige aquí furiosa.

LUCRECIA. Y contra quién ahullan esas masas?

EL MARQ. Contra el Emperador.

LUCRECIA. Oh, padre, padre!

PEDRO. Por Dios, Lucrecia, llora pero calla.

### ESCENA VIII.

*Dichos, grupos de soldados y paisanos en la escalera.*

PEDRO. Marqués ¿qué haceis? Pensais acaso ahora  
que resistir se pueda á la canalla?

*(El Marqués despliega el pabellon real  
de Francia y lo estiende en el suelo á la  
puerta del salon, frente la escalera.)*

EL MARQ. La ley por todo es ley! Y mi persona  
en Rusia el mismo Rey es de la Francia.

*(A los grupos de la escalera.)*

¿Qué piden esos hombres insolentes  
que á penetrar se atreven en mi casa?  
¡Venid! Y si lo osais, pisad altivos  
esa bandera, orgullo de las Galias.  
Soy el Embajador de un Rey potente:  
al Rey aquí, señores, hoy se ultraja.  
Y si vengar no pueden mis paisanos  
el desacato con cortantes armas,  
diremos á la Europa que aun existe  
un pueblo de salvages en su mapa.

### ESCENA IX.

*Dichos. Los grupos en la escalera, CATALINA por la izquierda.*

CATALINA. Vasallos de la Rusia ¿quién se atreve  
á deshonar las glorias de su pátria?  
Y quién es el infame que os condujo  
de un real Embajador á la morada?  
¡Atras! Si alguno de ellos fuere osado  
á repetir insulto en esta casa,  
colgadle por los piés de los balcones  
que de escarmiento servirá mañana.

*(Los Rusos, que al presentarse la Emperatriz se han descubierto y arrodillado, se retiran.)*

### ESCENA X.

PEDRO, LUCRECIA *en el fondo.* CATALINA, EL MARQUÉS *en el proscenio.*

CATALINA. Señor Marqués, ahora estamos solos.

EL MARQ. ¡Señora!

CATALINA. Catalina con vos habla.

EL MARQ. Espero... desconfio... mas no dudo  
de vuestro corazon.

CATALINA. Marqués... os ama.

*(Al oido con suma pasion.)*

Y disponer podeis á vuestro antojo  
del dulce sentimiento que me abraza.

¿Por qué no soy feliz?

...¿Sereis ingrato?

Estoy por mi destino condenada  
al trono, que es abismo del deseo,  
y á la viudez, sepulcro de esperanzas.  
La Emperatriz de Rusia...

EL MARQ.

CATALINA.

Catalina...

EL MARQ.

Tambien os amo yo, por mi desgracia.

*(Pausa.)*

CATALINA.

Pues yo me sacrifico ¿estais contento?

EL MARQ.

Mas grande honor el porvenir alcanza.

CATALINA.

Pedid á la mujer...

EL MARQ.

Perdon imploró.

*(Arrodillándose á sus pies.)*

CATALINA.

Alzaos: que me destrozais el alma.

EL MARQ.

Mandad, Señora.

CATALINA.

Solo de vos quiero  
dulce memoria por placer soñada.

*(Alárgale la mano, que el Marques besa,  
y se levanta. La Emperatriz domina su  
emocion y se dirige á Pedro y á Lu-  
crecia.)*

Ya sosegado está el motin.

LUCRECIA.

¡Señora!

CATALINA.

Retoñará otro dia con más saña.

Conozco los resortes del desórden

y sé quien es autor de la asonada.

EL MARQ.

Terrible para todos y funesta

la cólera del pueblo se desató.

LUCRECIA.

¿No pueden prevenirse los peligros?

¿Han de morir los que del trono caigan?

Emperatriz, dejad á vuestro esposo...

*(Pedro, que permanecia anonadado, vuelve  
en sí y dice con resolucion dirigiéndose á  
Catalina.)*

PEDRO.

Digamos la verdad.

CATALINA.

Sí: cara á cara.

Si soy Emperatriz...

PEDRO.

Estorba un hombre.

LUCRECIA.

¡Estorba un hombre!

CATALINA.

Pues ¿qué hacer?

PEDRO.

Se mata.

Tranquila gozareis en vuestras glorias:

tendremos paz encima mi mortaja.  
Dejadme vos, Marqués, y tú Lucrecia.

LUCRECIA. Jamás lo haré.

CATALINA. ¿Qué esperas, desdichada?

LUCRECIA. La muerte con aquel que me dió vida.

CATALINA. Lucrecia, es el autor de tus desgracias.

LUCRECIA. Yo le perdono todas sus ofensas.

Señora, compasion.

PEDRO. Lucrecia, basta.

Rehuso más bajezas, Catalina;

hasta la vida el corazon rechaza.

Desígname la cárcel ó el suplicio...

Vencido estoy: y los vencidos callan.

CATALINA. Retírate por hoy á CZarco-celo.

PEDRO. ¡Será prision!

CATALINA. Que tu existencia salva.

PEDRO. Acepto. ¿Qué mas dá? Veré mi tumba,

al meditar en la ávida inconstancia.

Y tú, Lucrecia, vete con tu esposo:

al verte padecer, mi voz se apaga.

CATALINA. Adios, Marqués. Seréis feliz con ella.

EL MARQ. Vos, inmortal os llamará la fama.

CATALINA. Y tú, Lucrecia, cuál virtud te anima?

EL MARQ. ¿Es el amor?

LUCRECIA. La caridad humana.

Anhela el corazon venir contigo:

mas el deber aquí quedarme manda.

*(Despidiéndose del Marqués con suma ternura, se arroja á los brazos de Pedro.)*





---

## ACTO TERCERO.

---

Castillo de CZarco-celo.

Cárcel con puertas laterales. Un armario con llave puesta. Puerta de reja en el fondo que deja ver otra cárcel en la cual hay una mesa con bancos al derredor. Una cortina espesa y grosera delante la puerta del fondo que está cerrada con candado. Una lámpara colgante arde en el centro de la cárcel.

### ESCENA I.

EL CONDE, ALEJO.

EL CONDE. Cómo está el Emperador?

ALEJO. Me parece resignado.

Come, bebe, vela y duerme.

EL CONDE. La cárcel....

ALEJO. Es un Palacio.

EL CONDE. Pregunta por Catalina?

ALEJO. Ni su nombre ha pronunciado  
en siete días que dura  
su prision.

EL CONDE. La calma alabo.

Y, presume su destino?

ALEJO. ¿Habeis en ello pensado?

EL CONDE. Hay quien impera en la Rusia:  
no hay consejos; hay mandatos.

ALEJO. El pueblo recibe á gusto  
esa mudanza?

EL CONDE. No tanto.

Algunos muy descontentos,  
seguramente del cambio,  
con el personal de arriba,  
y del dinero de abajo.

Suponen que Catalina  
á su esposo ha destronado  
por mezquinas pretensiones  
de aventureros osados.

Añaden que es extranjera:  
que Pedro no era tirano,  
ni monarca muy severo,  
ni tampoco sanguinario.  
De dia en dia decae  
el militar entusiasmo  
que estalló por un momento  
en el alma del soldado.

ALEJO. Los nobles....  
EL CONDE. Temen y callan:  
en un trastorno confiando.

ALEJO. El Clero....

EL CONDE. Mudo en los templos.

ALEJO. Conspiran.

EL CONDE. Algunos vagos.

ALEJO. Piensas, Gregorio, en peligros  
y el peligro no es lejano!

EL CONDE. Mientras Pedro exista preso  
siempre tendrá partidarios.

ALEJO. Pues se suprime, Gregorio:  
sobre el muerto acaba el llanto.

EL CONDE. Que no se atente á su vida  
la Emperatriz ha mandado.

ALEJO. Se dice que ha fallecido  
de un accidente.... de espasmo.

EL CONDE. No te atrevas á chancear  
con esa mujer, hermano.

ALEJO. Y de veras Catalina  
se opone....

EL CONDE. No hay que dudarlo.

Al Embajador francés  
palabra formal ha dado  
de tener preso al marido,  
su existencia conservando.

ALEJO. Y si un dia algun traïdor  
á la fuerza ó por amaño  
de este Castillo lo salva?

- EL CONDE. Ya nos daría cuidado.  
ALEJO. Pues que ella lo ha prometido,  
que ella no falte es el caso.  
Pero puedo hacerlo yo  
y el peligro habrá pasado.  
EL CONDE. Con la Emperatriz no cumples:  
es un crimen intentarlo.  
ALEJO. ¡Escrúpulos!  
EL CONDE. Son razones.  
ALEJO. Del negocio me haré cargo.  
EL CONDE. Mira....  
ALEJO. Yo obro por mi cuenta.  
Vete: que estoy ocupado.  
EL CONDE. No juegues con Catalina  
que puedes llevar un chasco.  
Está Pedro....  
ALEJO. Tras la puerta  
en otra estancia encerrado.  
Quieres verle?  
EL CONDE. Sí.  
ALEJO. Silencio.  
*(Descorre la cortina y á través de la  
puerta enrejada se vé á Pedro con dos ofi-  
ciales sentados al rededor de la mesa, en  
la cual está un desayuno y botellas. Una  
vela encendida sobre la mesa.)*  
¿Le ves?  
EL CONDE. Están almorzando. *(Deja caer la cortina.)*  
ALEJO. Son dos fieles capitanes  
que siempre van á su lado.  
EL CONDE. Regreso á la Capital.  
ALEJO. Dios te guie, buen hermano.  
EL CONDE. Y á tí Dios nunca te deje  
en tentaciones del diablo. *(Vase.)*

## ESCENA II.

ALEJO.

La ocasion es oportuna  
el veneno preparado;  
las copas sobre la mesa,

y el Emperador cargado.  
El efecto es muy seguro  
y de prontos resultados:  
habrá de más, un cadáver  
de menos, un embarazo.

*(Saca del armario una botella, abre la puerta del fondo con solo descorrer el cerrojo y deja fuera la cortina; entra dentro y coloca la botella sobre la mesa. La cortina queda arrollada hácia la izquierda de modo que el público percibe la estancia interior.)*

ALEJO. Es para su Majestad  
moscatel puro del Cabo.

#### ESCENA IV.

LUCRECIA *de luto y con velo*, EL MARQUÉS *por la izquierda*,  
ALEJO, PEDRO, *y los oficiales en la cárcel interior.*

EL MARQ. Estamos en el Castillo  
de Czarco-celo, Lucrecia.  
LUCRECIA. ¿Son las tumbas de Venecia?  
Tanta reja! Tanto grillo!  
¡Qué veo! *(Mirando hácia la otra estancia.)*  
EL MARQ. Por Dios, silencio.  
Cubre el rostro, esposa mia.  
LUCRECIA. Aquí... luz en pleno dia!  
Noche eterna yo presencio!  
EL MARQ. El carcelero allí está:  
y no olvides que es tu hermano.  
LUCRECIA. Tan jóven, tan inhumano!  
EL MARQ. Por ambicion lo será.  
ALEJO. Afuera penas del pecho;  
la copa llenad, Señor:  
apurad el buen licor....  
Salud á vos.... y provecho.

*(Alejo ha servido el licor, de la botella que llevaba, en la copa de Pedro, que la apura.)*

*(Alejo va á entrar y percibe á Lucrecia y al Marqués.)*

ALEJO. Quién va allá?  
EL MARQ. Permiso tiene.  
ALEJO. Paso atrás.  
EL MARQ. Soy yo.  
ALEJO. ¡Marqués!  
EL MARQ. Es .. (*Presenta una esquila.*)  
ALEJO. ¿De la Emperatriz?  
EL MARQ. Lo es.  
ALEJO. El permiso. (*Toma el papel leyendo.*)  
EL MARQ. De ella viene.  
ALEJO. Orden de su Majestad  
clara, lisa, terminante,  
Marqués, venid: adelante.  
EL MARQ. Mi esposa. (*Presentándola.*)  
ALEJO. Señora, entrad.  
Muy extraño, lo confieso.  
Se me manda, vive Dios,  
que deje estar á los dos  
aquí á solas con el preso.  
Y ordenaré retirar  
á esos nobles señoritos.  
Quedaréis los tres solitos  
en libertad... para hablar.  
(*Hace subir los oficiales de la estancia  
interior y vase con ellos por la derecha.*)

### ESCENA V.

LUCRECIA, EL MARQUES, PEDRO recostado sobre la mesa.

LUCRECIA. La corona de grandeza  
que brillante alumbra el sol  
se funde con más presteza,  
que el metal en el crisol,  
en mansion de la tristeza  
sin más luz que ese farol.  
El monarca mas altivo  
cuya ley es todo antojo,  
cambia el laurel y el olivo  
en un espinoso abrojo;  
y se ve enterrado vivo  
bajo el hierro de un cerrojo.

Aquel trono del orgullo,  
sarcasmo de la virtud,  
da tormento y quiere arrullo;  
da muerte y busca salud:  
el cadalso es su capullo,  
su peana el ataud.

Monarca siempre fatal  
la Rusia al mundo presenta:

Emperador, con dogal;

Emperatriz, con afrenta:

y solo el Génio del mal  
en el solio aquí se sienta.

Ese Pedro miserable (*Señalando al fondo.*)

hace poco vanidoso,  
tal vez el menos culpable  
en el caos voluptuoso  
de esa Corte detestable...  
allí vive indecoroso.

Y la soberbia mujer,  
ante quien Rusia se inclina,  
como si fuese su ser  
de procedencia divina...

era una estrangera ayer;  
es hoy la grande Czarina.

Adios, salvaje nacion;  
adios, trono corrompido:  
solo siento compasion  
por el crimen.

Á Dios pido

para todos el perdon;  
para mí solo el olvido.

EL MARQ. Lucrecia, cuán trastornada  
te deja la vista oscura  
de esa lóbrega clausura!

LUCRECIA. Triste, pero resignada.  
En la cárcel el delirio  
no es de dolor ni el más leve:  
aquí se come, se bebe!  
yo soy quien sufre el martirio.  
No comprendo la bajeza  
en un alto lupanar;

tampoco en este lugar  
cobardía con vileza.

Dejemos, Pedro, por fin  
á esa raza nauseabunda:  
hasta la cárcel inmunda  
tiene en la mesa un festin.

EL MARQ. Qué mudanza prodigiosa  
hay en tí de ayer á hoy!

LUCRECIA. Hija, y hermana no soy...  
Pedro mio, soy tu esposa.  
Mi existencia dan cumplida  
dos Pedros de opuesta suerte:  
el uno me dió la muerte;  
el otro me da la vida.

Aquel, mi cuna sin honra,  
puso en vía criminal:  
hasta sirvió su puñal  
para lavar mi deshonra.

Moribunda me encontrabas  
cuando un padre me dejó:  
volviendo á la vida yo,  
para tí me conservabas.

Tú me has llevado al altar;  
Dios bendijo nuestro lazo:  
me regenera tu abrazo;  
contigo puedo llorar.

EL MARQ. Modera tu dura pena  
y da tréguas al sufrir:  
no te es lícito decir  
que has sido la Magdalena.

Diverso fué tu destino  
de la romana maldad;  
pues cedió su voluntad  
la Lucrecia del Tarquino.

En la agonía á tu madre  
diste tu postrer consuelo:  
demanda gracia del Cielo  
para aquel que fué tu padre.

Y al otorgarle perdon  
por aquella liviandad,  
pídele con humildad

que te dé su bendicion.

*(El Marqués permanece en primer término. Lucrecia pasa á la estancia interior y se postra á los pies de Pedro.)*

PEDRO.

Señora desconocida,  
qué pides arrodillada  
en mi fúnebre morada?

LUCRECIA. Un adios en esta vida.

PEDRO.

En la mazmorra severa  
donde nadie puede entrar  
qué consuelo quieres dar?

LUCRECIA. Una lágrima postrera.

PEDRO.

Sin duda te inspira Dios  
que no me das al olvido.  
¿A qué, mujer, has venido?

LUCRECIA. A despedirme de vos.

PEDRO.

Anda pues: vete de aquí.

LUCRECIA. Concededme...

PEDRO.

Desdichada!  
Un preso no tiene... ¡Nada!  
¿mi bendicion quieres?

LUCRECIA.

Sí.

PEDRO.

Oh, Señor omnipotente,  
de paz un rayo sereno  
hoy derrama sobre el seno  
de esa mujer inocente.

*(Lucrecia imprime un ósculo sobre la mano que le alarga Pedro, se levanta y vase con el Marqués por la izquierda.)*

## ESCENA VI.

PEDRO, *que entra en escena como trastornado.*

PEDRO.

Dejadme... ¡solo! Todos sois traidores.  
Traidores tuvo siempre nuestra raza.  
La Corte con desprecio me rechaza.  
¿La culpa, quién la tiene? Mis errores.  
En una cárcel yo... ¡Solemne chasco!  
A la prision conduce mi locura.

Un sueño me parece la aventura!

Mas, ¿qué es el mismo trono? Crimen y asco.



Si para aquellos era dura carga;  
el tedio, el ódio, contra mí no extraño:  
¡es caso tan frecuente el desengaño!  
No soy Emperador... ¡Verdad amarga!  
Es ella Emperatriz... ¿Estoy despierto?  
¿Quién me lo dice aquí? La cárcel muda.  
Delante del sepulcro va la duda:  
un preso como yo no es vivo, es muerto.  
Para temerme su razon tenia;  
para abatirme su ambicion la abona:  
jugamos á la suerte mi corona...  
que ella ganaba, pues yo la perdía.

### ESCENA VII.

PEDRO *que empieza á sentir los efectos del veneno*, CATALINA.

PEDRO. Catalina! Tú...

CATALINA. Lo soy.

PEDRO. Haz mofa del destronado.

CATALINA. Pedro, vive resignado.

PEDRO. Resignado... ya lo estoy.

CATALINA. Por dura necesidad  
ponerte preso prefiero.  
Mas no temas: solo quiero  
tenerte en seguridad.

PEDRO. Y para qué lo deseas  
si gobiernas á tu gusto?

CATALINA. Evitamos todo susto.

PEDRO. Catalina, no lo creas.  
En las Rusias es un hecho  
el crimen de alta region:  
no es legal la sucesion:  
del más fuerte es el derecho.  
Czar legitimo; Czar falso;  
muerto el uno, viene el otro:  
se vá al trono por el potro,  
y desde el trono al cadalso.

*(Tambolea como si fuese á caer y habla  
cual si delirase. Catalina lo mira con es-  
trañeza.)*

El trono que sangre quiere

espero que se derrumbe:  
el que no mata, sucumbe;  
el que mata tambien muere.

Imbécil es un monarca:  
por imbécil se le encierra  
ó le ponen bajo tierra  
y vivo aun en una arca.

Príncipes buenos... pocos;  
las Princesas harto amables;  
unos y otras miserables;  
y de ellos, algunos locos.

CATALINA. Si lo confiesas tú mismo!

PEDRO. Díme si estoy en prision.

CATALINA. Es prudente detencion.

PEDRO. Es obra del despotismo.

CATALINA. Te esplicaré por completo  
el motivo de mis actos.  
Has faltado á nuestros pactos:  
así, te tengo sujeto.  
Conspirabas contra mí:  
y con pretextos prolijos  
contra tus hijos.

PEDRO. ¡Mis hijos!

¿Lo son Catalina?

CATALINA. Sí.

Me tratabas con desden  
como si no fuese esposa:  
en la licencia fastuosa  
mantenias un Haren.  
Ni por amor, un abrazo;  
por deber, ni una caricia:  
solo bogaba propicia  
tu pasion fuera del lazo.  
Pudiera no ser injuria,  
ni tampoco un improprio:  
tu escandaloso adulterio,  
era gala de lujuria.  
A tu esposa repudiar  
quisiste, contra conciencia;  
y del trono, de su herencia,  
á nuestros hijos privar.

Para dar despues la mano  
á cualquier advenediza:  
una Emperatriz postiza,  
dama del Eden mundano.  
De esa necia, Manequí,  
sombra de hombre en la embriaguez,  
es tu language soez,  
siempre estás con frenesí.  
No digas si he sido fiel,  
mis faltas, si faltas fueron,  
consecuentes provinieron  
de ser, Pedro, tú el infiel.  
Y despues de tiempos largos  
de amargura, de tormento,  
acabóse el sufrimiento.  
¿No son ciertos esos cargos?

PEDRO. Lo son sin duda, Señora;  
si levé culpa es deslíz.

CATALINA. Por ello á la Emperatriz  
no se infama, ni desdora.  
Enmendándote primero,  
era de tu obligacion  
el darme una reprension  
como propia de buen fuero.  
Pero tú mal soberano,  
no pusiste en ello estudio:  
optaste por el repudio.

PEDRO. El motivo.....

CATALINA. Muy villano.

PEDRO. No siento el trono perder;  
ni la fiebre, que destruye;  
ni la vida, que concluye:  
siento, verte en el poder.  
Me cansa tanto el vivir  
que caer aquí quisiera:  
es preciso que yo muera;  
pronto me verás morir.  
Una llama arde en mi seno  
de fuego desconocido:  
ya veo que me han servido  
en la copa algun veneno.

Muchas gracias, Catalina;  
de mí tienes compasion:  
tuya en ello es la razon,  
pues tu mano me asesina.  
Si el rostro en deformidad  
al buen Dios el darme plugo,  
tú me has enviado un verdugo  
que destruya mi fealdad.

*(Retírase poco á poco á la estancia interior.)*

CATALINA. Calumnioso de tal suerte  
tú me acusas con falsía.

PEDRO. Quien te acusa, es mi agonía:  
quien te calumnia, es la muerte.

*(Cae sobre un banco de la estancia interior.)*

CATALINA. ¡Pedro!

PEDRO.

Mírame..... cayendo.

A mi cadáver tal vez  
otra muerte dará el juez,  
el delito desmintiendo.  
Tanto codiciaste el trono  
que hasta el crimen has llegado.  
Perdona si te he faltado.....  
Catalina..... te perdono.

*(Muere en el suelo.)*

CATALINA. Muerto está!.... Muerte oportuna!

Presentia su destino.

¿Quién ha sido el asesino?

La pregunta es importuna.

### ESCENA VIII.

CATALINA, en la estancia interior, EL MARQUÉS, luego LUCRECIA.

EL MARQ. ¡Virgen santa! ¡Muerto el Czar!

CATALINA. ¡Ah! sí, Marqués.

EL MARQ.

¡Infeliz!

¿Cómo es esto, Emperatriz?

CATALINA. No me es posible explicar.

Ha caido de repente  
en el suelo.



EL MARQ. ¡Señora! *(Saludando á Catalina en*  
CATALINA. Señor Marqués! *despido.)*

EL MARQ. Por fin, es cosa cumplida.  
¡Bien tomada la medida!  
*(Señala el cadáver.)*

CATALINA. Os he dicho ya lo que es.  
*(El Marqués vuelve á inclinarse.)*  
Y partireis?

EL MARQ. Sí: me aguarda  
el buque en el puerto.

CATALINA. ¡Yá!

EL MARQ. Este despido será.....

CATALINA. ¡El postrero!

EL MARQ. ¡Mucho tarda!

CATALINA. Escuchadme, buen amigo.

Lo afirmo solemnemente,  
soy, de su muerte, inocente; *(Señala el*  
y pongo á Dios por testigo. *cadáver.)*

EL MARQ. Emperatriz, oid vos  
lo que digo aquí en voz baja:  
debajo de su mortaja  
hay el tribunal de Dios. *(Idem.)*

El imperial oropel,  
de remordimiento en tono,  
os dará luto en el trono,  
y sangre bajo el dosel.  
Y si á la posteridad  
os eleva justa gloria,  
el borron en vuestra historia  
pondrá la fatalidad.



